

El turno

La Revista de El Nacional, 1964-05-17.

El dispensario estaba lleno.

A la puerta, una puerta estrecha pintada de marrón con unos feos vidrios granizados de colores, le estaba saliendo una cola corta de gente. Lo que salía del dispensario, como una cola humana echada al sol tibio de las ocho de la mañana, eran una mujer hombruna vestida de saco y en estado ya adelantado de preñez, una viejita limpia que no hacía más que mirarse una mancha que le había salido en un pecho, y un hombre joven que tenía el pie enyesado.

Lo demás, dentro, eso estaba lleno de gente.

– ¿Usted cree que nos alcance a ver el doctor esta mañana? –preguntó la viejita con la mano latiéndole debajo del vestido, tentándose el pecho.

– Yo creo... –contestó la mujer, y se cuadró en la puerta para contar la gente.

El hombre, sentado sobre la acera y con el blanco-sucio de su yeso tendido al sol, gruñó algo.

Y al rato llegó otra mujer.

Ni el hombre (que estaba rascándose debajo del yeso con un alambre), ni la viejita, ni la mujer, que estaba apoyando su doble humanidad contra el quicio de la puerta, pudieron verla bien.

Es que llegó como un ventarrón y se coló en el dispensario así, como si fuese de puro aire.

– ¡Y eso!... –llegó a decir la mujer del paltó gris después de la sorpresa.

Y luego miró a la viejita, buscando un testigo de aquel descaro.

– Debe estar muy apurada –dijo resignadamente la anciana, arrojándose al muro.

Pero ya la mujer, una morena pequeña y flaca que cargaba un bojotico blanco en el brazo izquierdo, estaba dentro.

Dentro era una habitación no muy grande, recién encalada, con gente de todos los colores y de todos los tamaños sentada en derredor. Es todo lo que a la luz de aquella mirada desvariada que giró como el reverbero de un faro debió observar la mujer, y luego vio también que aquel corro cuadrado se rompía en una puerta, y que por este hueco se llegaba a una enfermera sentada en una mesita pintada de blanco, porque aquí se detuvieron aquellos ojos.

Así, parada en el centro de la sala, con aquel cerco de miradas en acecho, la mujer vio cómo la enfermera atendía a un hombre viejo que estaba subiéndose una pierna del pantalón para enseñarle algo que tenía en la pantorrilla, y entonces se contuvo, visiblemente, porque se mordió un labio, y luego buscó, con aquella su mirada de brincos cortos y huidos, si había un hueco dónde sentarse; pero como no descubriese en esta nueva fulgurante inspección sino los mismos bultos apretujados y los mismos ojos

hostiles de antes, la mujer se quedó allá mismo, con su paquetico blanco al brazo, viendo para el cuarto de la enfermera.

Se había hecho para entonces, y como por la magia de aquella extraña y agitada presencia de mujer, un silencio impaciente, lleno de preguntas.

– Mira –se le dirigió, por fin, una embarazada de sweater rojo que estaba de las primeras– escucha...

La mujer se volteó y le vio la cara, y luego le dio hostilmente la espalda; después se quedó mirando a un almanaque guindado en el muro, sobre unas cabezas.

– Esa –dijo entonces la gorda discretamente a su vecina de asiento– ¿cómo que ya tuvo el muchachito?...

Todo el mundo escuchó la pregunta, y aquel silencio del dispensario, oloroso a alcohol y a permanganato, quedó desde entonces enredado en el bojotico blanco que cargaba la mujer; mientras ella, con las mejillas afiladas, con aquél su cuello veteado de unas inverosímiles transparencias amarillas y azules, miraba desde los carbones encendidos en el fondo oscuro de sus cuencas al hombre sonreído que fumaba indiferentemente en el almanaque.

– Debe ser –le contestó la otra– ¡pero si ella misma no sabía cuándo le tocaba!...

Y luego, después de un silencio insoportable, añadió:

– Es que se la ve así... como loca, ¿verdad?

Y los ojos de todo el mundo despertaron entonces a la posibilidad de tener a una loca cerca.

Pero ni así, ni con estos fustazos de las miradas en pleno rostro, se movió la mujer del bojotico al brazo.

Fue cuando el viejo de la pierna mala se movió para el fondo de la enfermería cuando la mujer aprovechó este encandilamiento y se plantó en una carrera frente a la mesita.

Hubo entonces un murmullo, y todo el mundo se quedó viendo al joven de la camisa blanca, a quien correspondía el turno. Estaba de pie, mudo, mirando a la mujer. Ella enseñaba el bultico a la enfermera sin despegarlo de sí misma, como si fuese parte de su mismo cuerpo.

– ¡Qué hubo!... –reventó por fin el joven, abriendo los brazos a la consideración de todos– ¡que una se cuele así!...

Y la mujer del saco, que estaba en la puerta de entrada, también disparó algo desde lejos.

Pero todos los ojos y todos los oídos estaban tan pendientes de lo que ocurría en la enfermería que aquello no prosperó y pudieron ver cómo la enfermera se levantaba bruscamente de su asiento, hacía que la mujer se sentase allá mismo, en su propia silla, y le decía:

– ¡Criatura!...

Sólo entonces dejó el joven de refunfuñar, y se sentó.

La enfermera miró con mucho cuidado dentro del paquetico blanco y se llevó, a pesar suyo, una mano a la boca, y luego buscó apresuradamente en una gabeta, sacó una ficha y desapareció dentro de la enfermería.

La mujer se quedó viendo un ratico en aquella dirección, que debía ser donde estaba el médico, y después se enfrentó, desde su imponente posición detrás de la mesita blanca, a toda la sala, apuntándola con aquella su mirada estrábica y dolorida.

Alguien la debió llamar, porque se levantó de pronto y desapareció detrás del biombo blanco.

Nadie durante un buen rato dijo una palabra, ni siquiera se oyó una tos; todos estaban pendientes de aquel rumor apagado, lleno de pequeñas interjecciones, que llegaba de dentro.

Primero apareció la enfermera y comenzó a escribir sobre la mesita blanca; luego llegó la mujer, arreglando cuidadosamente el bojotico, y se sentó en una silla que se la ofreció alguien desde dentro. La enfermera sacó un libro del cajón, lo abrió, y preguntó a la mujer:

– Entonces, ¿qué nombre le quiere poner a la niña?...

La sala de espera era un solo oído grande y atento, y todos, hasta los dos que esperaban turno fuera de la sala, pudieron oír cómo decía la mujer, resignadamente:

– Pero pa'qué le quieren poner nombre, si no va a durá...

Luego, como la enfermera parecía dispuesta a esperar, añadió

– Ah, pues yo no sé...

– ¿Le gustaría Marisa?...

La mujercita se estiró nerviosamente aquel percal descolorido y arrugado de su vestido y miró dentro del bojotico y se alzó de hombros.

La enfermera esperó un rato, y después insistió pacientemente:

– ... ¿O le gustaría más Gladys?...

La mujer repitió con aire ausente:

– ...Gladys... Marisa...

– Marisa es un nombre muy bonito –se atrevió alguien de la sala.

Pero la mujer no hacía sino mirar obstinadamente a su bojotico y hablarse a sí misma, repitiendo los nombres.

– ¿Le ponemos Marisa, entonces?... –dijo la enfermera.

– ¡Ah! y a la mujer le brotó algo así como una risa.

Luego miró a la sala con dureza otra vez, y regresó a la enfermera, y dijo ásperamente:

– Bueno..., sí hombre,... Marisa está bien... Mientras la enfermera escribía en el libro hubo en la sala un murmullo de aprobación.

– La otra semana que vino a la visita dijo que era pa'dentro de un mes –habló la gorda del sweter rojo festivamente, como si con sólo mencionar un nombre se hubiese esparcido en la sala un aire de bautizo– y ahí está ella, con muchachita y todo...

Las miradas de la sala saltaron todas hacia la gorda.

– Y parecía que venía varón –dijo su vecina– porque tenía la barriga muy puyúa...

– ¡Ah! –terció entonces la hombruna de la puerta– eso de las formas de la barriga como que no tiene nada que ver, porque...

– A ver si se le mejora, entonces... –dijo la enfermera ayudándole a pararse.

Y allá, en aquella mujercita abrazada al paquete blanco, se había reunido la atención de la sala otra vez.

Todos vieron cómo se levantaba, cómo apretaba el bulto contra su pecho y salía. Y ya se había puesto en el centro de la sala en dos brincos, porque todos sus gestos eran bruscos y hostiles, cuando tropezó con la gorda del sweter rojo, quien le dijo, con cierta agresividad curiosa, pero con simpatía:

– Entonces, ¿ya tuviste la muchachita?...

La mujer se detiene un momento, protege celosamente lo suyo con aquéllos sus dos brazos de hueso, y dice mirándola derechamente a los ojos:

– ¡Y no lo estás viendo, pues!...

Pero la mujer no enseña la criatura, sino que la aprieta más fuerte contra su pecho, y luego embiste contra el grupo, porque lo que le rodea es ya todo el mundo de la salita, y ya consigue apartar a la gorda con un golpe de hombro cuando ésta le alcanza el bojotico con un zarpazo de la mano y lo descubre.

Lo que queda a la vista de todos los que respiran en la sala del dispensario es una cabecita amoratada y deforme.

– ¡No me la toquen!... –grita la madre.

Y gira, acosada, sobre sí misma, buscando una salida, y le saltan los ojos centelleantes, y enseña los dientes, y aprieta más contra su pecho a la criatura.

Pero de pronto hay algo, como una sensación de impotencia, que le hace detenerse en aquel tremendo vuelco de la huida, y se toma un pequeño descanso, y comienza a recorrer de nuevo, pero más despacio, aquel cerco de ojos; y entonces, en lugar de dispararse otra vez hacia la puerta o de soltarse a golpear la gente, las facciones de la mujer se distienden y se le apaga un poco aquel incendio de los ojos, y abre, lentamente, su bojotico, y sin una lágrima, sin un gesto duro, lo enseña en derredor, como si ya aquello que hasta entonces era celosamente de ella sola se hubiese convertido en algo que es de todos. Y entonces la mujer se lleva lentamente la mano al pecho y suelta el imperdible con que tiene enganchados los dos bordes del escote redondo, que parece desgarrado de un tirón, mete la mano dentro de su seno y saca a la vista de todos los ojos que la rodean un pecho desinflado y azuloso, como si estuviese recién exprimido o hubiese estado ya seco desde el comienzo de la creación, y entonces fuerza el pezón dentro de la boca cerrada de la criatura, que no se mueve, y luego recorre en círculo los ojos del mundo que le rodea, y dice, sin ninguna congoja, con sólo una ausencia fría:

– Ya ven, no me coge el pecho... no come...

Después, tira bruscamente su pecho dentro de sus ropas, como si fuese una fruta que está mala, y dice con la voz blanca y exhausta, mientras cierra el imperdible, avanzando un poco hacia la puerta pero sin prisa de llegar a ninguna parte:

– ... Se pasó toda la noche llorando... Yo se lo doy, no lo crean... –y la mujer levanta los ojos al grupo– ... pero es que no lo quiere...

Y se detiene, y queda esperando una respuesta, acaso hasta algún reproche...

Pero nadie en todo el grupo se atreve a hablar.

Y ella, como no le reclaman, como no la abuchean, ni siquiera le reprochan con la mirada, añade:

– ... Y ya ven, ya ni llora...

Y así, despacio, hablando casi con dulzura la mujer llega hasta la puerta; y cuando ya asoma fuera del dispensario mira a los lados, cubre la carita de la niña otra vez,

aprieta el bojotico blanco entre sus dos brazos de hueso y arranca a correr, calle arriba, en la dirección del cerro.

Dentro de la sala de espera del dispensario todo regresa a lo que era antes, que es lo que ha sido siempre, al barro de donde venimos, esperando el turno.

En la cola humana que no cabe dentro ya sólo quedan dos: la anciana que se palpa una mancha que le ha salido en el pecho y el hombre joven que se está rascando la pierna dentro del yeso con un alambre.

La hombruna que viste de saco ya tiene por fin su asiento.

Y la viejita le dice desde la puerta, muy ajena a cualquier otra preocupación que no sea su pecho enfermo:

– ¿Usted cree que nos alcance a ver el doctor esta mañana?